
Océanos y Libros

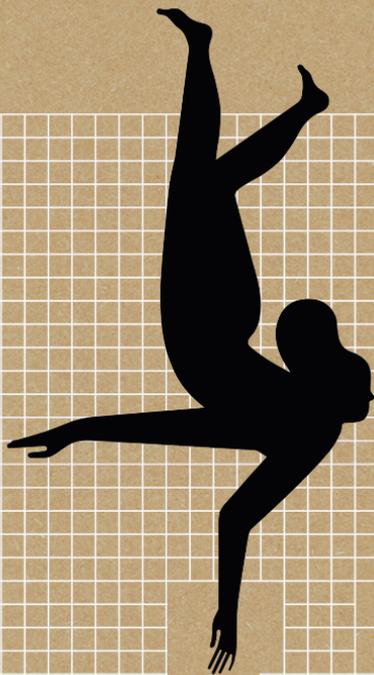


Cuentos de Venezuela

Líneas portulanas

Edición de

Geidy Antonieta Querales Ortega



Cuentos de Venezuela
Líneas portulanas

Edición de
GEIDY ANTONIETA QUERALES ORTEGA

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Los autores
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social) y Gobierno de Aragón
- 1.ª edición, 2022

Diseño de la cubierta: Isidro Ferrer
Colección Océanos y Libros, n.º 4
Directores de la colección: Juan Bolea, José Luis Calvo Carilla y Daniel Mesa Gancedo

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

Gobierno de Aragón. Edificio Pignatelli, Paseo María Agustín, 36. 50071 Zaragoza, España.

 Prensas de la Universidad de Zaragoza es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-436-3

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 376-2022

*Al escritor Orlando Chirinos, el Gran O.
En memoria*

Cartografía.
Líneas para un portulano, una antología

GEIDY ANTONIETA QUERALES ORTEGA

I. En la dirección de los vientos

La antología de cuentos venezolanos que reunimos para la colección Océanos y Libros nos ha parecido un viaje; tal vez porque desde el primer momento estas palabras tienen mucho de viaje: algunas veces, significan tránsito obligado y otras, el viaje en sí mismo (partida, tránsito y destino); tal vez porque el océano es el protagonista, bueno y malvado, de miles de historias que solamente podemos navegar si nos embarcamos en las páginas de un libro o porque el Atlántico es el espacio ineludible entre España y Venezuela; tal vez porque los libros son símbolo de las profundidades desconocidas de ese océano que somos o porque son algún tipo de rosa de los vientos, símbolo-guía, amable y estéticamente hermoso, que nos señala con múltiples líneas la ruta durante el viaje para no perder el norte, el sur, el destino. El nuestro es el cuento venezolano, territorio que ya ha sido cartografiado a diferentes escalas, representado en cientos de mapas (topográficos, geológicos...) y

descrito en otro buen número de itinerarios que dan cuenta, sin perder detalle, de su historia y de su geografía toda.

En la *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo xx* (2014), los compiladores abren su trabajo haciendo referencia a unas palabras de otro crítico, Orlando Araujo, que caracterizó a Venezuela como «país de los cuentos, un espacio geográfico latinoamericano que, efectivamente, cuenta en su patrimonio» (2014: 11). Encontrar ese patrimonio es también parte de este viaje.

Las palabras *océano y libro* nos llevan, pues, a fijarnos en la estrecha relación que hay entre cartografía, literatura y viaje.¹

1 La relación entre cartografía y literatura es antigua. Buenos ejemplos de esta conexión son la recepción y el estudio de la *Geografía* de Ptolomeo durante siglos; el protagonismo de la cartografía marítima en la literatura de viaje que se desarrolló en Inglaterra a lo largo del siglo xviii: las obras de Daniel Defoe *Robinson Crusoe* (1719) o *Moll Flanders* (1722), o *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift; las novelas de aventura de Julio Verne, los mapas dibujados por Hergé para las distintas aventuras de Tintín o los dibujados por el propio Tolkien para *El Hobbit* (1937) y *El señor de los anillos* (1954). En cuanto a Venezuela, lo que nos ocupa, a pesar de que la situación geográfica del país lo ha hecho protagonista de mapas desde el primer momento del descubrimiento, no consideramos que haya muchas muestras de esta relación. Ya en este siglo y como muestra de la literatura de fantasía, Ricardo Riera en su novela *Dragún* (2010) incluye un mapa, también lo hace Andrés Hidalgo en la saga *Los cuatro reinos* (2012, primera publicación), pero no nos atrevemos a hablar de una tradición en este sentido; no obstante, creemos que el reiterado protagonismo de la geografía y de sus diferentes paisajes (natural, rural, urbano, marítimo) en la obra de muchísimos autores venezolanos tiene intención «cartográfica»; es decir, hay una necesidad de trazar límites y darle forma al país desde la literatura, especialmente, desde los géneros del cuento y la novela. La cartografía también ha sido imaginada. Ahora bien, este oficio cartográfico lo vemos mucho más claro en la crítica literaria que recurre a esta metáfora para, de nuevo, intentar conocer la dimensión de los distintos géneros. No podemos dejar de citar *Nación y literatura: Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006), en el que bien puede tomarse la palabra *itinerario* en el sentido cartográfico, la «Hoja de ruta» que propone Carlos Sandoval en su antología *De qué va el cuento: antología del relato venezolano 2002-2012* (2013); *Pasaje de ida: 15 escritores venezolanos en el exterior* (2013) de Silda Cordoliani; el *Nuevo país*

Como parte de esa relación —y como metáfora—, esta antología solo puede ser un portulano,² una de esas cartas náuticas antiguas trazadas a mano por cartógrafos (in)expertos que en valor tenían reconocer la importancia de ofrecer nuevos y seguros rumbos en un viaje que casi siempre era arriesgado e incierto; en este sentido, los distintos elementos presentes en esas cartas náuticas (líneas, rosa de los vientos, nudos...) nos servirán de referencia para presentar los criterios, autores y puntos de encuentro de este proyecto que nos parece eso, un portulano, no solo porque estos documentos son fundamentales en los viajes: este va de España a Venezuela —como si de una nueva «exploración» se tratara—; sino, también, por lo que supone actualmente para nosotros, los venezolanos, dibujar el país desde dentro o desde fuera. La cotidianidad, la diáspora y el exilio también tienen, eso parece, vocación de cartógrafo o, en su defecto, necesidad primaria de serlo porque para saber cuál es nuestro sitio o para encontrarnos necesitamos un *mapamundi*.³

Como sabemos, con la llegada de Chávez al poder a finales del siglo xx (1998) y el desarrollo de su proyecto político, la revolución bolivariana, Venezuela comienza a vivir la trans-

de las letras (2016) presentado por Antonio López Ortega o, nuevamente, el «Itinerario» que a modo de introducción presenta los textos reunidos en *Escribir afuera. Cuentos de intemperies y querencias* (2021), compilados por Katie Brown, Liliana Lara y Raquel Rivas Rojas. La cartografía como metáfora (en los paratextos, a primera vista).

2 Resulta interesante comentar que existe el método *Portulano*, basado en las teorías cartográficas y en la teoría de la semiología gráfica de Jacques Bertin y utilizado en investigaciones interdisciplinarias de las ciencias sociales. Al respecto, véase el artículo de Horacio Bozzano «Cartografías: el método Portulano. Mapas atractivos donde se justifique trabajar con mapas» (2009).

3 Creemos que esta perspectiva «cartográfica» desde la que nos acercamos al cuento venezolano no solo es pertinente en este contexto literario, sino que también puede servir como metáfora en otros espacios porque la sociedad venezolana forma parte de los grandes movimientos migratorios que tensan las fronteras en distintas partes del mundo actualmente

formación más grande que haya experimentado y que parece no acabar. Todo ha cambiado radicalmente en cuestión de años y el deterioro político, social y económico que ha dejado este proceso es incuestionable. Ningún espacio de la vida privada o pública de los venezolanos escapa a esta circunstancia histórica, vital. Todo, de una u otra manera, está condicionado por esta realidad múltiple.

Hacemos referencia a la compleja realidad venezolana porque, obviamente, la literatura de los últimos tiempos también la viene padeciendo, lo que se hace evidente en la irrupción (en todos los géneros) de los temas de la diáspora, el exilio, la memoria, el olvido, entre otros cercanos, como consecuencia de la experiencia migratoria de los escritores que tomaron la decisión de salir del país o fueron obligados a hacerlo; o temas como la situación del país con su violencia incontrolable y la decadencia política, económica y social. Igualmente, el cambio en el sistema editorial, dividido entre las editoriales manejadas por el Estado (Monte Ávila, El perro y la rana, por nombrar dos conocidas y de mayor impacto nacional), el surgimiento de nuevas editoriales independientes que resisten (Editorial Eclipsidra, Bid & co, Lector Cómplice, Monroy Editor) y la desaparición de otras internacionales (como Alfaguara, que dejó de publicar en el país, o Santillana, que solo conserva las publicaciones de libros de textos y de literatura infantil y juvenil).

Otro gran cambio que ha traído la realidad venezolana es la digitalización de la literatura (un espacio que también debería ser cartografiado) como un medio de divulgación no solo de la producción de los escritores y poetas, sino también de los investigadores. La distancia geográfica queda reducida a una escala «2.0» en las redes sociales y nos permite participar del quehacer literario nacional. Los encuentros organizados por la Fundación para la Cultura Urbana o Escribir afuera, los cursos impartidos en los últimos años por Carlos Sandoval o José Balza vía *Zoom*, o el libre acceso a algunos libros del fondo editorial de Equinoccio nos ubican en ese mapa virtual.

Esta recurrencia al contexto venezolano debe ser considerada —y así es— por cualquier trabajo de investigación, compilación, reflexión o crítica que se haga sobre la literatura venezolana; en términos portulanos, sería seguir la dirección de los vientos de ese «nuevo mundo literario», bien para explorar y dibujar mapas de algunos de sus territorios —la producción literaria de los escritores de la diáspora, por ejemplo—, o bien para trazar nuevas rutas que se crucen con las ya conocidas y con otras, también nuevas, como en el caso de esta antología.

II. Antes de trazar las rutas.

Notas de algunos derroteros

Definir los criterios para esta antología, como en cualquier otro proyecto, necesitó de un barrido bibliográfico que, por un lado, diera cuenta del quehacer del cuento venezolano: ¿quiénes escriben?, ¿qué se publica: cuento o novela?, ¿qué temas son recurrentes? Conocer las nuevas antologías y colecciones y, por otro lado, indagar sobre el conocimiento que hay en España acerca de la literatura venezolana y su presencia en las librerías y bibliotecas. Lo cierto es que fue difícil dar con bibliografía actualizada y, sobre todo, de fácil acceso. Los problemas de distribución de libros impiden que lleguen las últimas publicaciones de los escritores venezolanos, a pesar de que muchos de ellos publican ahora mismo en editoriales extranjeras, fuera del país, o sea, que la distribución de sus obras en España no es asunto exclusivo de la crisis venezolana; esto, obviamente, nos hizo reflexionar sobre qué autores podíamos incluir en la antología. En un primer momento, nos planteamos que aparecerían solo aquellos a los que tuviéramos acceso más fácilmente: por ejemplo, en las bibliotecas públicas cercanas sí que se encuentran ejemplares de textos venezolanos, pero ninguno de ellos corresponde a autores que hayan publicado recientemente. La presencia de Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Rufino Blanco Fombona, Teresa de la Pa-

rra, Julio Garmendia o Salvador Garmendia es segura, pero no sucede lo mismo con otros autores que nos parecen interesantes y también canónicos, como José Rafael Pocaterra. El caso de las bibliotecas universitarias y especializadas es diferente; en ellas sí que encontramos bibliografía actualizada (el fondo de la Biblioteca de la AECID es de los más relevantes y facilita el trabajo de los investigadores). En nuestro caso, trabajamos con muchos textos digitalizados que nos hicieron llegar amigos desde Venezuela y desde otras partes del mundo. También contactamos directamente con los autores para que nos enviaran su trabajo. Las redes sociales, ya lo hemos comentado líneas arriba, reducen a escala 2.0 la distancia entre todos, llegan a ser la librería, la universidad, la editorial, el auditorio, donde encontrar un libro, un libro de cuentos venezolanos, pero eso no impide que sea necesario acceder al artefacto en tres dimensiones.

Con respecto al conocimiento que hay en España de la literatura venezolana, solo podemos hablar desde nuestra experiencia. Sabemos que la literatura venezolana no tiene un lugar «fijo» o privilegiado en los programas de literatura hispanoamericana, que son, además, diferentes en las distintas universidades; esto no quiere decir que no se haga referencia a algún autor: nunca faltan Rómulo Gallegos y su *Doña Bárbara*, siempre entre la civilización y la barbarie, como referencia a esa vastedad que es el continente americano y a la tendencia criollista, pero queda en eso, en una referencia. En términos generales, el conocimiento de la literatura argentina, mexicana, peruana o cubana es mucho mayor, quizá se deba a la propia historia de la literatura latinoamericana y al impacto que el *boom* editorial de los años sesenta y setenta generó en España, *boom* en el que no hay a primera vista escritores venezolanos. Es importante, sin embargo, mencionar que la Universidad de Salamanca tiene la Cátedra José Antonio Ramos Sucre y desde ese espacio realiza actividades de divulgación de nuestra literatura. Y si en las universidades el conocimiento de la literatura venezola-

na es escaso, en la calle también lo es. En las librerías se encuentran muy pocos títulos de los libros de ficción que han sido publicados por los autores venezolanos recientemente, a pesar del interés de algunas editoriales españolas por la obra de escritores nacionales (Candaya, Pre-textos, entre ellas) y de la incorporación de editoriales venezolanas (Kalathos, Punto Cero) al mercado español. De nuevo, podemos acceder a autores canónicos cuyas obras forman parte de colecciones específicas, por ejemplo en Ediciones Cátedra; no obstante, en los últimos años, como consecuencia de la diáspora y de los cambios de latitudes del país, sí que se observa una mayor divulgación y un mayor reconocimiento del quehacer literario nacional. Por ejemplo, la concesión del Premio Mario Vargas Llosa a Rodrigo Blanco Calderón en 2019 por su novela *The night*, o el fenómeno literario de *La hija de la española* (2019) de Karina Sainz Borgo, los reconocimientos internacionales a la trayectoria de Rafael Cadenas, José Balza o Yolanda Pantin,⁴ o el traslado a España de las editoriales Kalathos o Punto Cero y la creación de espacios propicios para la promoción, como la librería Los pequeños seres, son muestra de esta nueva dirección de los vientos que toma la literatura venezolana.

En este contexto, antes de trazar las rutas, revisamos un buen número de antologías⁵ y trabajos de crítica, esos mapas, derroteros e itinerarios que forman parte de la cartografía del cuento venezolano, con el fin de rescatar (o descartar) ideas

4 Rafael Cadenas fue galardonado con el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca (2015) y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2018). José Balza depositó su legado en la *Caja de las letras* del Instituto Cervantes en 2019. Yolanda Pantin, al igual que Cadenas, fue reconocida con el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca (2020).

5 Según las palabras de Carlos Sandoval, profesor de literatura venezolana y crítico literario, en el curso «Narrativa venezolana, siglo XXI: Estado de la cuestión» (noviembre, 2020), entre 2001 y 2020 se han publicado al menos 46 antologías o muestras del cuento venezolano.

que orientaran nuestro trabajo. Consideramos oportuno destacar algunos nombres a los que pudimos tener acceso: *Antología del cuento venezolano* (1955) de Guillermo Meneses; *El cuento venezolano. Antología* (1985)⁶ de José Balza; *Recuento. Antología del cuento venezolano 1960-1990* (1994) de Luis Barrera Linares; *El gesto de narrar* (1998) de Julio Miranda; *El hilo de la voz. Antología de escritoras venezolanas del siglo xx*⁷ (2003) de Yolanda Pantin y Ana Teresa Torres; *Las mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas* (2004) de Luz Marina Rivas; *Las voces secretas. El nuevo cuento venezolano* (2006) de Antonio López Ortega; *De qué va el cuento. Antología del cuento venezolano 2002-2012* (2013) de Carlos Sandoval; así como el de estos otros trabajos de cartografía: *Nación y literatura: Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006) y *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo xx* (2014).

La lectura de estos trabajos también ofrece varias rutas de viaje hacia el cuento. En términos generales —porque este no es el espacio para una lectura crítica y detallada de cada uno de ellos, especialmente de sus paratextos (presentaciones, prólogos, introducciones)—,⁸ observamos que en las antologías que hemos consultado está presente la intención de contribuir a la construcción del canon nacional en diferentes momentos históricos, bien reiterando la presencia de algunos escritores, o bien presentado algún nuevo nombre que, por la calidad estética de su obra, merece reconocimiento. Por otro lado, observamos constancia en las tendencias del cuento ve-

6 Esta antología fue ampliada por Balza en distintos momentos y cuenta con cinco ediciones, todas distintas, que corresponden a 1985, 1986, 1990, 1996 y 2012, esta última, la más voluminosa.

7 En esta antología hay varios géneros.

8 Al respecto, véanse los trabajos: «Canon y narrativa breve en Venezuela: Dos antologías del cuento a finales del siglo xx» (2019) y «Relectura de las estructuras de poder del canon literario venezolano» (2017).

nezolano a lo largo del siglo xx y lo que va del siglo xxi, con predominio de la visión realista,⁹ en la que están inmersas una serie de dualidades siempre en tensión dentro de la temática: criollo/universal, barbarie/civilización, ciudad/campo, violencia/paz, vida/muerte, amor/desamor, memoria/olvido, a las que se suman propio/ajeno, arraigo/desarraigo, migración/inmigración, exilio/asilo, como consecuencia del mapa que somos en el «nuevo mundo literario». Igualmente, destacamos en todas las antologías el peso que dan al valor estético de las obras.

Así pues, en la selección de los autores consideramos como primer criterio el propósito de esta colección: presentar autores cuya obra sea desconocida o poco conocida para los lectores españoles. Esto lo entendemos como una oportunidad de divulgación que ofrece la colección a los veinte autores que hemos reunido. Además, también nos dio la libertad de poder presentar en igualdad de condiciones a escritores consagrados junto a otros con menos recorrido literario. La única exigencia para su inclusión era haber publicado en Venezuela por lo menos un libro, porque sabemos que en este nuevo *mapamundi* que es Venezuela muchos de los escritores, algunos de ellos dentro de esta antología, viven fuera desde hace muchos años. Nuestra nómina es la siguiente: José Rafael Pocaterra (1889-1955), Blas Millán (1901-1960), Antonia Palacios (1904-2001), Ada Pérez Guevara (1905-1997), Guillermo Meneses (1911-1978), Mireya Guevara (1923-?), Denzil Romero (1938-1999), Orlando Chirinos (1944-2021), Krina Ber (1948), Laura Antillano (1950), Silda Cordoliani (1953), Rubi Guerra (1958), Gisela Kozak (1963), Lena Yau (1968),

9 Este predominio de la realidad en el cuento venezolano, especialmente en los últimos años, no quiere decir que la producción de los escritores venezolanos solo se centre en los temas que se desprenden de ella; también podemos encontrar obras que están inmersas en otros géneros: fantástico, ciencia ficción, fantasía heroica, histórico, negro, entre otros.

Slavko Zupcic (1970), Liliana Lara (1971), Rafael Victorino Muñoz (1972), Lucas García París (1973), Sol Linares (1978), Gabriel Payares (1982).

Como se puede ver, reunimos escritores en apariencia muy diferentes entre sí: edades (a excepción de Pocaterra, todos nacidos en el siglo xx), épocas, temas, circunstancias de vida, pero estas no son cuestiones que tomemos en cuenta. La selección, en realidad, estuvo condicionada por la experiencia lectora de quien escribe y por la naturaleza de los textos a los que pudo acceder para leer y valorar su inclusión; así que optamos por elegir autores y cuentos entre aquellos que ya conocíamos y los que pudimos leer por primera vez, los que reunían características que nos parecen propias del cuento venezolano y que también se han señalado en otras antologías o trabajos de investigación. Recordemos, una vez más, que esta antología va dirigida a un público español que merece tener la oportunidad de disfrutar de la lectura de cuentos de una altísima calidad, escritos en distintos momentos del siglo xx y lo que va del siglo xxi.

En este sentido, conviene justificar por qué algunos escritores reconocidos, a cuya obra teníamos acceso, quedaron fuera de esta selección. Una vez más, el propósito de la colección fue determinante para la ausencia de nombres como Salvador Garmendia, José Balza, Ana Teresa Torres, Miguel Gomes, Antonio López Ortega, Juan Carlos Méndez Guédez, Juan Carlos Chirinos, Rodrigo Blanco Calderón o Gustavo Valle, entre otros. Desde nuestro punto de vista, la labor literaria de estos escritores es conocida y reconocida en España y otras partes del mundo. Por ejemplo, Rodrigo Blanco Calderón ganó en 2019 —como hemos mencionado— el Premio Bienal de novela Mario Vargas Llosa y está fichado en la agencia de Carmen Balcells. Juan Carlos Méndez Guédez recientemente fue el presentador del programa de entrevistas «Las ínsulas prometidas» del Instituto Cervantes, que está disponible en *YouTube*; además, algunos de estos escritores están arraigados en España, forman parte de esta sociedad y, por

tanto, no es preciso «descubrirlos». No obstante, incluimos a otros autores como Lena Yau y Slavko Zupcic que también viven en España, pero cuyo trabajo, en nuestra opinión, aún no ha encontrado el reconocimiento que merece.

Abrimos la antología con un cuento publicado en 1922, «Las Linares» de José Rafael Pocaterra,¹⁰ un escritor canónico, y cerramos con el cuento «Romántico» de Lena Yau, de 2019, una escritora venezolana en España cuya obra —como acabamos de señalar— merece mayor divulgación. Estos cuentos, curiosamente, pudieran cruzar sus rutas en uno de los nudos de nuestro portulano, pues en ambos escritores está presente esa tendencia —tan de Pocaterra y que Lena Yau tal vez hereda— de resaltar algo que en otra circunstancia pasaría desapercibido: en el caso de Pocaterra, las cejas de las hermanas Linares y, en el caso de Lena Yau, la cena romántica de una pareja. ¿Qué pueden tener de interesantes? Sin duda, la riqueza de sus historias: las cuentan con cierta ironía, sí, pero sobre todo con mucha naturalidad y consiguen que mientras leamos no nos molesten las desproporcionadas cejas de estas hermanas o el canibalismo de los enamorados porque, a pesar de que puede ser algo feo o cruel, tal como lo presentan estos relatos, cabe dentro de lo «normal».

También consideramos fundamental que la antología reflejara la equidad en la selección de los autores, por eso no dudamos en proponer diez escritoras y diez escritores con cuentos de indudable calidad. Esta decisión no contradice otros criterios que también son importantes y que ahora

10 Una razón al margen que nos impulsó a incluir a José Rafael Pocaterra en esta antología y abrirla con uno de sus cuentos es que en 2022 se cumplen cien años de la primera publicación de sus *Cuentos grotescos* (luego los reeditará con alguna ampliación en 1955). En este sentido, nos parece tentadora la posibilidad de indagar acerca de rasgos —potencialmente— grotescos que se observan en la sociedad venezolana, cómo se manifiestan en la creación literaria actual, y constatar, si es el caso, la influencia de Pocaterra.

enunciamos: el valor estético y la riqueza de los aspectos formales y estilísticos. No buscamos hacer apología de la «paridad»,¹¹ aunque nos parezca justa; sí, en cambio, comentar que una vez que se toma en cuenta como criterio en proyectos de este tipo, resulta mucho más fácil elegir la obra porque la atención se centra en los textos, no en quién los escribe y por qué los escribe.

Un último criterio que valoramos en esta antología son las relaciones temáticas, formales y estilísticas que hay entre los cuentos; nos llaman especialmente la atención aquellas que se puedan dar entre los cuentos publicados en el siglo xx y los aparecidos en el siglo xxi y entre escritores canónicos y noveles. Si, como establecimos al principio, nuestra antología pretende ser un portulano para guiar el viaje del lector hasta el cuento venezolano y cada texto es una posible ruta, línea recta, en la dirección de los vientos, la única forma de que estas rutas se intercepten y formen nudos de encuentro está en las relaciones que entre ellas podamos resaltar.

En cuanto a los temas, predominan todos aquellos relacionados con la realidad más próxima, es decir, la cotidianidad, las relaciones amorosas, la violencia, la muerte, la memoria, el olvido. En los recursos estilísticos reconocemos la calidad de la prosa, muy cercana a la poesía en algunos textos; el poder de las descripciones en muchos de los cuentos. También hemos prestado atención a la reconstrucción de la oralidad y el uso de palabras del registro venezolano en cuentos de escritores que no viven en Venezuela y que se manejan entre dos registros o entre dos lenguas y a las referencias culturales, especialmente las venidas de la literatura, del cine, del arte, de la cultura pop.

11 Al respecto, podría interesar el artículo de Luis Barrera Linares «Masculino/Femenino en el cuento venezolano del siglo xx» (2005).

III. Rosa de los vientos con veinte rumbos. Nudos

En los portulanos cada una de las líneas que representa un rumbo sale de la rosa de los vientos y suele encontrarse en algún punto con otra línea, esas intersecciones se conocen como rosas de los vientos, ombligos o nudos y desde el punto de vista gráfico otorgan al portulano una gran belleza artística. Justamente eso es lo que queremos hacer con los cuentos que reunimos en esta antología, presentarlos en nudos: intersecciones temáticas o estilísticas características del cuento venezolano, pero no en un momento determinado, sino de forma permanente. Recordemos que hemos seleccionado cuentos publicados en el siglo xx y el siglo xxi que bien pueden compartir algunos rasgos.

Antes de trazar las primeras líneas y marcar como nudos los cruces entre ellos, queremos advertir que los cuentos son presentados para su lectura en orden de publicación, pero en las siguientes relaciones que proponemos los cruces son temáticos o estilísticos.

El primer cruce de rumbos que observamos se da entre los cuentos «Las Linares» (1922) de José Rafael Pocaterra y «Al filo de una caloría» (2011) de Gisela Kozak. El primero narra la historia de las cuatro hermanas Linares, jóvenes casaderas, aparentemente condenadas a una vida infeliz y solitaria por ser «cejudas» en la sociedad caraqueña de principios de siglo xx, pues pareciera que, bajo las cejas, la vida de estas mujeres, su mirada, quedara minimizada, reducida, invisibilizada. El cuento de Kozak narra en primera persona, como un testimonio, la vida de una mujer con sobrepeso que lleva seis meses encerrada en un sótano para no ser atrapada por las fuerzas de seguridad de una sociedad distópica (puede que también sea Caracas) en la que todas las personas son y deben ser delgadas por decreto; lo contrario puede significar la muerte.

Estos personajes femeninos padecen la imposición de cánones de belleza y formas de vida en las que no encajan, pero

no porque estas mujeres no se acepten a sí mismas, sino porque la sociedad no lo hace. En «Las Linares», el horror y el espanto por sus cejas lo sienten los vecinos mientras ellas continúan viviendo,¹² realizando sus actividades cotidianas, las propias de una señorita de principios de siglo, incluso la segunda de las hermanas se casa y por el narrador nos enteramos de que la mayor también lo hará con un hombre que descubrió su mirar «bajo aquellas cejas siniestras» y se enamoró del alma de una mujer fea que no se aprecia a primera vista porque la vanidad, «la crítica superficial de las cosas», solo deja ver una parte de la realidad. Por su parte, la mujer de la historia de Kozak decide entregarse a la justicia para acabar con su soledad, pues lo ha perdido todo: su esposo, su hijo, su vida, pero antes deja su testimonio por escrito a la juventud para que no pasen por lo que pasó ella, porque «no solo de pan vive el hombre», asegura la mujer.

Pocaterra y Kozak, con esta caracterización exagerada de los personajes de sus historias, dejan ver algunos rasgos de la sociedad de su tiempo, en ambos casos, principios de siglos xx y xxi.

Una segunda intersección de rumbos en nuestro portulano se da entre los cuentos «El velo» (2010) de Rubi Guerra, «Un viejo manuscrito»¹³ de Liliana Lara y «Los herederos» (2009) de Gabriel Payares. En estas historias lo más importante desde el punto de vista temático es la memoria: el recuerdo y el

12 Imposible no pensar en Frida Kahlo, contemporánea a esta historia, cuyas cejas se convirtieron en el rasgo icónico de su figura, no solo como artista, sino como mujer libre. En la actualidad (un siglo después), muchas mujeres, incluidas aquellas que forman parte del mundo de las artes o del espectáculo (Cara Delevigne o Emilia Clarke), defienden con su propia imagen ese «defecto» que las hermanas Linares no podían «corregir» o su derecho a decidir qué es o no grotesco.

13 Este cuento fue publicado por Liliana Lara en su blog, en el año 2009. Actualmente, con algunas correcciones, forma parte de una colección de relatos inéditos que la autora prepara.

olvido como experiencias inevitables de la vejez, pero también como partes esenciales en la construcción de un discurso. Horacio, el personaje del cuento de Rubi Guerra, y Esther Roffé, la anciana del cuento de Liliana Lara, viven entre dos tiempos, el presente, en el que no recuerdan ni sus nombres, y el pasado, que les recuerda quiénes eran y por qué están viviendo lo que les pasa. «Su nombre no era Horacio. Así lo llamaban las monjas, nunca había preguntado por qué, y así aceptó llamarse, o mejor dicho, aceptó responder a ese nombre», «La voz en el auricular preguntó por Esther Roffé y ella supuso que ese era su nombre». El padre, personaje del cuento de Gabriel Payares, está ciego, lo que también puede ser una forma del olvido, de perder la memoria, una memoria que el hombre se empeña en conservar a través de unas fotos antiguas que solo ve en la imagen mental que tiene de ellas. Este personaje muere y el hijo, que es el narrador, sentencia que le ha dejado la ceguera como herencia. Horacio y Esther, los otros dos personajes, no mueren al final de las historias, ellos continúan viviendo en un ciclo en el que parecen nacer cada vez que recuerdan quiénes son. Hay una imagen muy llamativa en el cuento «Un viejo manuscrito» que vale como ejemplo para esta lectura: al principio y al final del cuento la anciana despierta tras haberse quedado dormida en una mecedora y todo lo que está a su alrededor es nuevo, debe ser nombrado, como en el Génesis. La mujer da nombre a los gatos: «Tú, Vorisek y tú, Zelenka» y con ese nombrar vuelve a tener la llave para abrir el mundo que la rodea.

En los cuentos «Reporte de un radioescucha agradecido» (1989) de Orlando Chirinos, «Había una vez un cuchillo» (2017) de Rafael Victorino Muñoz, «Parricidio» (2011) de Sol Linares, «Empleo» (2009) de Lucas García París y «Romántico» (2019) de Lena Yau, la violencia y la muerte se presentan como actos cotidianos, a la vez inevitables y absurdos, que, incluso, pueden causar gracia. No hay remordimiento en los personajes: golpear, disparar, morder, matar son acciones necesarias, suceden sin más, sin que los personajes

involucrados sean conscientes. Durante la lectura, por momentos, nos parece que hay una falta de ética en estos personajes que no ven absolutamente nada malo en golpear o matar; por ejemplo, en el cuento «Reporte de un radioescucha agradecido», Sebastián H. Montamayora, personaje que pudiera ser el celador en un manicomio o uno de los pacientes, no lo sabemos, escribe una carta o «reporte» a los locutores del programa de radio «Una voz en el camino» y en ese reportaje les cuenta con mucha naturalidad las técnicas que utiliza para calmar a los internos porque no lo dejan escuchar el programa durante las guardias nocturnas y se justifica diciendo que «sufre» porque la violencia que ejerce sobre estas personas es solo para calmarlos: «Me duele muchísimo, por ejemplo, cuando los hincó con la vara larga, y si le he puesto a esta la punta de lanza, bien afilada, no es para hacerlos sangrar, como algunos puedan pensar, no señor, sino para aquietarlos más pronto». En «Empleo» el sicariato es el trabajo del protagonista y lo ejerce con la responsabilidad y el respeto con el que se lleva a cabo cualquier otra actividad profesional. No deja de llamar la atención el contraste entre la violencia brutal casi cinematográfica, muy propia de Lucas García París, en las escenas de sicariato con la tranquilidad de las escenas del hogar: el asesino, después de cumplir con su trabajo, vuelve a la casa, besa a su mujer y a su hijo, como si acabara de salir de una tediosa tarde de oficina. En «Había una vez un cuchillo», el marido mata tres veces a su esposa con el mismo cuchillo sin que el asesinato sea lo que le causa angustia al hombre; por el contrario, su ansiedad se desata al no encontrar el cuchillo en el mismo cajón y por no causarle a su mujer la herida mortal para no tener que repetir el asesinato.

Otro rasgo llamativo en estos cuentos en los que destaca la muerte y la violencia es el humor. Aunque en los cuentos de Chirinos y García París nos parezca brutal la violencia, no deja de causarnos gracia que el personaje del cuento de Chirinos les pide a los locutores del programa de radio «un recuer-

dito» para los «radioescuchas favoritos» o que pongan menos «mercumbés» y más música romántica; o, por ejemplo, que la esposa del personaje del cuento de García París llore la muerte de Rocío Dúrcal y al protagonista del cuento esto le cause ternura. De la misma manera, en el cuento de Lena Yau, «Romántico», causa gracia el hallazgo de los cuerpos mordidos y la respuesta de Isidoro, el *maître*, cuando se entera de que era una pareja de ciegos: «¿A quién se le ocurre dejar cenar a dos invidentes sin supervisión? —A un romántico —contestó».

También encontramos un nudo interesante entre los cuentos de Denzil Romero «El misterio de Eleusis», «Babilonia» de Silda Cordoliani, «Amor»¹⁴ de Krina Ber y «La balandra *Isabel* llegó esta tarde» de Guillermo Meneses. En esta ocasión la presencia del mito y de las creencias religiosas juegan un papel muy importante en cada cuento: en el texto de Romero, el personaje, borracho y en sueños, se adentra en un mundo de «profetas» y dioses griegos en el que le es revelada la razón de su existencia, digamos que entiende su destino; en «Babilonia» la vida y el destino de la joven protagonista pertenecen a la diosa Ishtar y bajo su guía vive; en «Amor» la presencia de un hombre llamado Ángel representará para la protagonista de la historia exactamente eso: la presencia de un ángel custodio que la protegerá y salvará su «amor», el personal y el de pareja, en dos momentos importantes de la historia. La protagonista entiende las palabras de Ángel como señales divinas y con ellas acepta la certeza del amor divino. Para cerrar este nudo, tenemos el cuento de Guillermo Meneses —quizá el menos luminoso de los cuatro—: en esta historia, Esperanza, la protagonista, desesperada por cambiar su destino, acepta participar del rito de un ensalmo, propio de la santería cubana, con la «esperanza» de que su hombre, Segundo Mendoza, vuelva y comparta con ella una nueva vida.

14 Ganador del concurso de cuentos de *El Nacional* en el año 2007.

Este otro nudo es totalmente femenino: es el que se da entre los cuentos «La encrucijada» (1946) de Ada Pérez Guevara, «Babilonia» (1993) de Silda Cordoliani, «Las piernas del *blue jeans*» (1985) de Laura Antillano y «Amor» (2009) de Krina Ber. En estas historias encontramos distintas visiones de lo femenino, así como también distintas formas de vivir el amor de pareja. En «Babilonia», la mujer inicia su vida sexual con un desconocido como parte de un rito ofrecido a la diosa Ishtar para el que es preparada física y mentalmente durante muchos días. Lo llamativo es que la adolescente, la niña, acepta y lo asume como parte de su existencia; ella sabe que se debe a la diosa porque se lo dijo su madre, una creencia transmitida de generación en generación. En «Las piernas del *blue jeans*», la novia, aunque ansiosa de vivir el rito del casamiento, no espera ni un segundo para quitarse el vestido de novia que su madre con tanto cuidado le prueba: «¡Qué desperdicio! Vestido para una noche y de paso molesta». Este rechazo al vestido blanco y la simbología de las piernas del *blue jeans* volando libres mientras se secan en el tendedero dejan ver la visión de mujer de este personaje que no renunciará a su libertad, a su ser, por casarse, porque ella solo se debe a sí misma.

En este mismo cruce encontramos los cuentos de Krina Ber y Ada Pérez Guevara, que también se acercan a los ya comentados, pero de los que queremos destacar la decisión de amar de una u otra manera. En «La encrucijada», el personaje femenino, Rosaura, carece de amor, cuenta con todas las comodidades que pudiera esperar una esposa a mediados del siglo XX, pero no tiene una relación con su esposo y, aunque lo sabe, continúa con él, no renuncia a esa vida; en cambio, en «Amor» el sentimiento amoroso como un todo cotidiano, humano y trascendente impregna el texto, porque los personajes tienen sus desencuentros, el amor de pareja llega a mutar, a tambalearse, pero no se pierde, consigue el equilibrio y la pareja se re-conoce en ese amor.

Otra ruta, digamos que también femenina, es la que representa el cuento de Blas Millán «La radiografía»: en esta histo-

ria ambientada en la Caracas de finales de los años veinte, la protagonista, Mercedes, doctora gineco-obstetra, ¿«feminista»?; entiende el enamoramiento, el flirteo, como un tratamiento médico, lo despoja del romanticismo: «sí, llamo tratamiento la acción de tratarse un hombre y una mujer, durante mucho tiempo, para saber si pueden ser felices casándose», dice. Mercedes, en oposición a Rosaura, el personaje de «La encrucijada», expresa lo que verdaderamente piensa y, al final de la historia, rechaza casarse porque no piensa vivir como una enfermera, cuidando de otro.

Ahora bien, «La radiografía» no solo es interesante por el moderno pensamiento de Mercedes, como ya hemos señalado, también lo es por el moderno pensamiento de José y por sus intereses científicos. José es químico de profesión y su «ideal cifrábese en regenerar la raza venezolana por medio de la eugenesia y ciencias anexas» y formar una «superhumanidad»: la materialización del progreso. Para ello, no debía nacer ningún niño con defectos, los padres debían ser preparados para el matrimonio y «en el porvenir, el Estado no casará sino a hombres y mujeres que hayan percibido el certificado de aptitud intelectual para la paternidad y maternidad; certificado que se otorgará después de severos estudios de pedagogía, psicología, psiquiatría, fisiología, higiene, hidroterapia y gimnasia». Esta visión utópica de la sociedad venezolana que propone Blas Millán cruza el trazo de sus intenciones —y acaso se hacen «realidad»— con la distópica, «delgada» y «aeróbica» sociedad que Gisela Kozak nos presenta en «Al filo de una caloría» (cuento que ya hemos cruzado con «Las Linares» de Pocaterra), en la que está prohibido tener celulitis y estrías, «las balanzas caseras deben estar conectadas al computador central de las alcaldías», las personas son vigiladas y corren el riesgo de ser eliminadas si suben de peso. Este nudo, en el portulano de la literatura venezolana que proponemos, es además una fina crítica a la sociedad moderna y contemporánea y, desde nuestro punto de vista, un acercamiento a la ciencia ficción.

El cuento «Soluciones literarias a la muerte de mi suegra»¹⁵ (2017) de Slavko Zupcic se presenta como una ruta segura. En esta historia el narrador protagonista nos cuenta con muchos detalles las cosas que hizo para intentar mejorar la situación económica de su casa, que había quedado muy resentida tras la muerte de su suegra. Sabemos que intenta vender por Internet algunos objetos valiosos (reloj Longines, cubertería de plata) herencia de la suegra y, mientras negocia virtual o telefónicamente con algunos posibles compradores, acepta trabajar como «sacerdote» en el tanatorio; trabajo para el que se «esforzaba tanto que los afligidos deudos siempre encontraban alivio» en sus palabras. La forma en que Zupcic narra en esta historia cada una de las peripecias, cada llamada por teléfono, cada correo, nos recuerda las cartas del cuento de Orlando Chirinos «Reporte de un radioescucha agradecido», pues en ambos textos el narrador protagonista, con cierto tono solemne, nos cuenta todo lo que le acontece con mucho detalle, como si en los detalles quedaran justificadas sus acciones.

También, desde el punto de vista estilístico, observamos algunos puntos de encuentro. En este sentido, no podemos dejar de destacar la riqueza expresiva en el uso del lenguaje, en un modo casi poético, de algunos cuentos. Las imágenes que encontramos en «El sitito no elegido» (1964) de Antonia Palacios, un texto prácticamente alejado de la anécdota y centrado en la imagen, en la descripción que se niega a hacer de ese lugar en el que se encuentra, pero que acaba haciendo a lo largo del texto. Algo parecido hacen Rubi Guerra en «El velo», Silda Cordoliani en «Babilonia» y Krina Ber en «Amor»: les dan a los textos una luminosidad muy especial y dejan en evidencia el control absoluto que tienen los autores sobre el lenguaje.

15 Este cuento obtuvo un accésit en el VI Certamen Iberoamericano de las Artes de la Fundación para la Protección Social de la OMC, 2014.

Otro cruce estilístico que observamos está en el uso de distintos registros del lenguaje dentro de los cuentos: por ejemplo, en «La balandra *Isabel* llegó esta tarde» (1934) de Guillermo Meneses y en «La siembra humana» (1953) de Mireya Guevara la reproducción del registro coloquial es muy veraz, refleja el nivel sociocultural de los distintos personajes. No obstante, si algo nos llama la atención es la combinación de registros de varias latitudes.¹⁶ Así, en el relato «Un viejo manuscrito», a pesar de que el espacio en el que se desarrollan las acciones no es Venezuela y los personajes tampoco parecen serlo, Liliana Lara no deja de usar «formas» del registro coloquial venezolano, las usa con naturalidad a lo largo de la narración y las pone en boca de los personajes: «te tomaste los remedios, necesitamos más plata» y encajan perfectamente en el discurso.

Entre «El sitio no elegido» de Antonia Palacios y «Parricidio» de Sol Linares también encontramos un cruce de rutas. Estas escritoras presentan sus historias en un solo párrafo, las historias, en este sentido, quedan enmarcadas y compactas, las autoras no ofrecen pausas más que las que dan los signos de puntuación o la descripción minuciosa y el marcado lirismo de un objeto; además, nos llama la atención que estas historias se desarrollan en espacios pequeños, cuadrados, pequeñas casas aisladas de todo, y ese sitio enmarcado no es elegido. Ambas protagonistas saben que hay algo más allá de ese espacio: en el cuento de Palacios es la ciudad, otra vida; en el relato de Linares, es el amor apasionado, la libertad, otra vida. La diferencia es que la protagonista del cuento de Palacios se queda en ese lugar y la protagonista de Linares acaba con la vida de su padre para escapar de aquel lugar y «vivir».

16 Esta «fusión» de registros se encuentra en muchos de los cuentos de Lena Yau, aunque en «Romántico», el cuento que se incluye en esta colección, no sea evidente.

IV. Un portulano

En su libro *La confesión: Género literario*, la filósofa María Zambrano dice que

Lo que diferencia a los géneros literarios unos de otros es la necesidad de la vida que les ha dado origen. No se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por necesidad que la vida tiene de expresarse [...] o la que el hombre tiene de dibujar seres diferentes de sí o la de apresar criaturas huidizas (1995: 25).

Y tal parece que la vida de los venezolanos tiene la necesidad de expresarse a través del cuento, un género literario que les permite encapsular la realidad: vivir una historia de amor, matar, gritar, olvidar, recordar. Será por esto por lo que la propuesta de Orlando Araujo de nombrar a Venezuela el «país de los cuentos» tiene sentido. Necesitamos contarlos, necesitamos contar. Pero, para conocer las historias de esa necesidad tan nuestra, se requieren rutas, todo país las tiene. En este portulano proponemos veinte que van en la dirección de los vientos. Veinte textos de autores y épocas diferentes que consideramos buenos ejemplos del quehacer literario nacional, de esa necesidad de contar que se llama cuento.

En cuanto a nosotros, dibujamos este mapa que no tiene pretensiones de ser documento histórico, solo proponer a los lectores españoles una manera sencilla de acercarse al cuento venezolano.

Agradecemos a las prensas de la Universidad de Zaragoza permitirnos formar parte de este proyecto, al Dr. Daniel Mesa Gancedo, coordinador de la colección Océanos y Libros, su confianza y su apoyo. Igualmente, al crítico venezolano Carlos Sandoval, su generosidad al compartir todo su conocimiento. Agradecemos también a la Dra. Laura Chirinos el material prestado. Un agradecimiento especial alcanza a todos los escritores que aceptaron cederme sus cuentos para que esta antología tomara forma de portulano.

Bibliografía

- BALZA, José (1985). *El cuento venezolano. Antología*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- BARRERA LINARES, Luis (1994). *Recuento. Antología del cuento venezolano 1960-1990*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BARRERA LINARES, Luis (2005). «Masculino/Femenino en el cuento venezolano del siglo XX», *Desde el sur. Revista de Ciencias humanas y sociales de la Universidad Científica del Sur* (Perú), vol. 7, n.º 2 (mayo-octubre), pp. 153-170.
- BARRIOS, Óscar (2019). «Canon y narrativa breve en Venezuela: dos antologías de cuento a finales del siglo XX», *Dissertare*, vol. 4, n.º 1 (enero-diciembre).
- BOHÓRQUEZ, Douglas (2007). *Del costumbrismo a la vanguardia. La narrativa venezolana entre dos siglos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BOZZANO, Horacio (2009). «Cartografías: el método Portulano. Mapas atractivos donde se justifique trabajar con mapas». Disponible en: <<https://inti.hypotheses.org/files/2015/05/salerno09-bozzano2-es.pdf>>.
- BROWN, K., L. LARA y R. RIVAS (comps.) (2021). *Escribir afuera. Cuentos de intemperies y querencias*. Madrid: Kalathos Ediciones.
- CARABALLO CASTAÑEDA, María Carolina (2017). «Relectura de las estructuras de poder del canon literario venezolano», *Les Ateliers du SAL*, 11, pp. 92-105.
- CORDOLIANI, Silda (2013). *Pasaje de ida: 15 escritores venezolanos en el exterior*. Caracas: Editorial Alfa.
- DÍAZ SEIJAS, Pedro (1962). *Historia y antología de la literatura venezolana*. Caracas: Jaime Villegas Editor.
- GUERRA, Rubi (comp.) (2007). *21 del XXI: Antología del cuento venezolano del siglo XXI*. Caracas: Ediciones B.
- JIMÉNEZ EMÁN, Gabriel (comp.) (1989). *Relatos venezolanos del siglo XX*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- LÓPEZ ORTEGA, Antonio (comp.) (2006). *Las voces secretas. El nuevo cuento venezolano*. Caracas: Editorial Santillana.
- MARCOTRIGIANO, Miguel (comp.) (2016). *Nuestros más cercanos parientes. Breve antología del cuento venezolano de los últimos 25 años*. Madrid: Kalathos ediciones.
- MEDINA, José Ramón (1969). *50 años de literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- MENESES, Guillermo (1999). *Antología del cuento venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores [1955].
- MIRANDA, Julio (comp.) (1998). *El gesto de narrar. Antología del cuento venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores.

- NAVARRO, Bernardo (2013). «Servicio crítico. Despacho tentativo sobre literatura venezolana», *Contexto*. (Mérida: Universidad de los Andes), n.º 19, pp. 189-192.
- PACHECO, C., L. BARRERA Y B. GONZÁLEZ (coords.) (2006). *Nación y Literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Fundación Bigott.
- PACHECO, C., L. BARRERA LINARES Y C. SANDOVAL (2014). *Propuesta para un canon del cuento venezolano del siglo XX*. Caracas: Editorial Equinoccio.
- PANTIN, Y., y A. TORRES (comps.) (2003). *El hilo de la voz. Antología de escritoras venezolanas del siglo XX*. Caracas: Fundación Polar.
- RIVAS, Luz Marina (2004). *Las mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- ROJO, Violeta (2018). *Las heridas de la literatura venezolana y otros ensayos*. Caracas: Editorial El Estilete.
- SANDOVAL, Carlos (2001). «El cuento fantástico venezolano del siglo XIX», *Apuntes Filosóficos* (Caracas: Universidad Central de Venezuela), n.º 19, pp. 101-118.
- SANDOVAL, Carlos (2013). *De qué va el cuento. Antología del cuento venezolano 2002-2012*. Caracas: Editorial Santillana.
- ZAMBRANO, María (1995). *La confesión: Género literario*. Madrid: Ediciones Siruela.

Autores

- ANTILLANO, Laura (2017). *La luna no es pan de horno y otras historias*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la rana.
- BER, Krina (2009). *Para no perder el hilo*. Caracas: Mondadori.
- CHIRINOS, Orlando (1989). *Pájaros de mayo, su trueno verde*. Maracaibo: Editorial de la Universidad del Zulia.
- CORDOLIANI, Silda (1993). *Babilonia*. Caracas: Fundarte.
- GARCÍA PARÍS, Lucas (2009). *Payback*. Caracas: Ediciones Punto Cero.
- GUERRA, Rubi (2010). *La forma del amor y otros cuentos*. Caracas: Casa Editorial de las Letras Andrés Bello.
- GUEVARA, Mireya (2004). «La siembra humana», en *Las mujeres toman la palabra. Antología de narradoras venezolanas*. Caracas: Monte Ávila Editores [1953].
- KOZAK, Gisela (2011). *Pecados de la capital y otras historias*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- LARA, Lilibian (2009). «Un viejo manuscrito», *La mancha. Espacio de literatura en español*. Disponible en: <<http://delamanchaliteraria.blogspot.com/2009/09/un-viejo-manuscrito.html>>.

- LINARES, Sol (2011). *La circuncisa*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- MENESES, Guillermo (1981). *Espejos y disfraces*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- MILLÁN, Blas (1989). «La radiografía», en *Relatos venezolanos del siglo xx*. Caracas: Biblioteca Ayacucho [1929].
- MUÑOZ, Rafael Victorino (2017). *Página roja*. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- PALACIOS, Antonia (1989). *Ficciones y aflicciones*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- PAYARES, Gabriel (2009). *Cuando bajaron las aguas*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- PÉREZ GUEVARA, Ada (1946). *Pelusa y otros cuentos*. Caracas: Asociación Cultural Iberoamericana.
- POCATERRA, José Rafael (1976). *Cuentos grotescos*. Caracas: Monte Ávila Editores [1922 y 1955].
- ROMERO, Denzil (2004). *El invencionero*. Caracas: Monte Ávila Editores [1982].
- YAU, Lena (2019). *Bienmesabes*. Gijón: Editorial Gravitaciones.
- ZUPCIC, Slavko (2017). *Cementerio de médicos*. Granada: Editorial Nazarí.

Índice

9_Cartografía. Líneas para un portulano, una antología
GEIDY ANTONIETA QUERALES ORTEGA

35_Cuentos

37_Las Linares
JOSÉ RAFAEL POCATERRA

42_La radiografía
BLAS MILLÁN

49_La balandra *Isabel* llegó esta tarde
GUILLERMO MENESES

71_La encrucijada
ADA PÉREZ GUEVARA

82_La siembra humana
MIREYA GUEVARA

95_El sitio no elegido
ANTONIA PALACIOS

100_El misterio de Eleusis
DENZIL ROMERO

- 108_Las piernas del *blue jeans*
LAURA ANTILLANO
- 112_Reporte de un radioescucha agradecido
ORLANDO CHIRINOS
- 121_Babilonia
SILDA CORDOLIANI
- 126_Amor
KRINA BER
- 148_Empleo
LUCAS GARCÍA PARÍS
- 156_Los herederos
GABRIEL PAYARES
- 164_El velo
RUBI GUERRA
- 179_Al filo de una caloría
GISELA KOZAK
- 186_Parricidio
SOL LINARES
- 192_Soluciones literarias a la muerte de mi suegra
SLAVKO ZUPCIC
- 212_Había una vez un cuchillo
RAFAEL VICTORINO MUÑOZ
- 219_Un viejo manuscrito
LILIANA LARA
- 226_Romántico
LENA YAU
- 229_Autores

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en marzo de 2022



La vida de los venezolanos tiene la necesidad de expresarse a través del cuento, un género literario que les permite encapsular la realidad: vivir una historia de amor, matar, gritar, olvidar, recordar. Será por esto por lo que la propuesta de Orlando Araujo de nombrar a Venezuela el «país de los cuentos» tiene sentido. Necesitamos contarnos, necesitamos contar. Pero para conocer las historias de esa necesidad tan nuestra, se requieren rutas, todo país las tiene. En esta antología, a modo de portulano, proponemos veinte textos de autores y épocas diferentes que consideramos buenos ejemplos del quehacer literario venezolano, de esa necesidad de expresarse que se llama cuento.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

 **GOBIERNO
DE ARAGON**

ISBN 978-84-1340-436-3



9 788413 404363

GEIDY ANTONIETA QUERALES ORTEGA
es venezolana, doctora en Filología Hispánica por
la Universidad de Zaragoza. Trabajó como profe-
sora en distintas universidades y colegios vенеzo-
lanos. Actualmente se dedica a la enseñanza y a la
investigación.